querréis seguir por vuestro hermoso *Mensajero* las vicisitudes de la lucha espiritual empeñada en el mundo entre las dos ciudades, la del amor y la del odio. La victoria y el triunfo, ¿corresponderá al odio o al amor? ¡Gran incertidumbre! ¡Impresionante contemplación! ¡Angustioso anhelo! Y cuando ya durante treinta días hayáis orado, trabajado y sufrido, la nueva intención que se os proponga para el mes siguiente no sepultará, como fallecida, aquella que os habrá costado tanto sufrimiento y tanto amor. Por el contrario, entonces, modelándose progresivamente sobre la oración de Jesús, la vuestra se tornará cada vez más universal, pero no por ello menos precisa ni menos intensa; en aquellos momentos os sentiréis irresistiblemente empujados por el amor hacia el sacrificio activo, que no se tranquiliza en la oración hasta que el penar y el sufrir no hayan casi llegado al límite de las fuerzas; en aquellos momentos, según la gráfica expresión de un escritor anónimo de la antigua edad cristiana, consumados por el ardor de la caridad, por la vehemencia del deseo, ya no seréis orantes, sino oraciones vivientes (cf. San Gregorio Magno, *In 1 Reg.* 13, 2: PL 79, 338). (Ibíd.)

F) La oración en común. El día de la oración

27. *Es erróneo creer que las oraciones en privado son de poca monta y que sólo valen las públicas.*—Hay, además, algunos que niegan a nuestras oraciones toda eficacia propiamente impetratoria o que se esfuerzan por insinuar entre las gentes que las oraciones dirigidas a Dios en privado son de poca monta, mientras las que valen de hecho son más bien las públicas, hechas en nombre de la Iglesia, pues brotan del Cuerpo místico de Jesucristo. Todo eso es, ciertamente, erróneo, porque el divino Redentor tiene estrechamente unidas a sí no sólo a su Iglesia, como a Esposa que es amadísima, sino en ella también a las almas de cada uno de los fieles, con quienes ansía conversar muy íntimamente, sobre todo después que se acercaren a la mesa eucarística. (*Mystici Corporis Christi*, 40: Col. Enc., p. 729.)

28. *Como también es falso creer que nuestras oraciones han de dirigirse a Dios Padre y no a la persona misma de Cristo.*—Ni faltan,

finalmente, quienes dicen que no hemos de dirigir nuestras oraciones a la persona misma de Jesucristo, sino más bien a Dios o al Eterno Padre por medio de Cristo, puesto que se ha de tener a nuestro Salvador, en cuanto Cabeza de su Cuerpo místico, tan sólo en razón de *mediador entre Dios y los hombres* (1 Tim. 2, 5). Sin embargo, esto no sólo se opone a la mente de la Iglesia y a la costumbre de los cristianos, sino que contraría aun a la verdad (Ibíd., p. 730).

29. *La oración, alimento del espíritu, si se hace en común, tiene más eficacia sobre el corazón de Dios.*—¡Gran virtud es la devoción, salvaguardia de toda obra! Pero el acto más bello y ordinario de ella es la oración, que para el hombre, que es espíritu y cuerpo, es el alimento cotidiano del espíritu, como el pan material es el manjar cotidiano del cuerpo. Y de igual modo que la unión hace la fuerza, la oración en común tiene mayor eficacia sobre el corazón de Dios. Por eso nuestro Señor bendijo particularmente toda oración hecha en común, proclamando a sus discípulos (Mt. 18, 19-20): *Os digo, además, que si dos de vosotros se unen sobre la tierra y piden cualquier cosa, les será concedida por mi Padre, que está en los cielos. Porque donde hay dos o tres personas congregadas en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellas.* (*A los recién casados*, 12 de febrero de 1941.)

30. *El domingo debe ser el gran día para descansar en Dios, día de oración.*—Pero el santuario de la familia, por bello, decoroso y bien cuidado que sea, no es la iglesia; deber vuestro es la preocupación por hacer que el domingo se convierta de nuevo en el día del Señor y que la santa misa sea el centro de la vida cristiana, el más sagrado alimento del descanso corporal y de la constancia virtuosa del espíritu. Debe el domingo ser el día para descansar en Dios, para adorar, suplicar, dar gracias, invocar del Señor el perdón de las culpas cometidas en la semana pasada y pedirle gracias de luz y de fuerza espiritual para los días de la semana que comienza. Recordad al pueblo que el domingo es el perenne recuerdo del día de la resurrección del Señor; que el hombre ha de resucitar y echarse fuera de las oficinas y lugares del trabajo, de las fábricas, de los campos, donde —entre las grandes distracciones de las cosas materiales y de las múltiples ocupaciones de la jornada— apenas si puede el pensamiento elevarse a Dios y rezarle, en tanto que el aliento de vida, infun-

dido a él por el mismo cielo, penetra su alma, haciéndole respirar la tendencia hacia una futura vida inmortal. (*A los párrocos y a los cuaresmeros de Roma,* 13 de marzo de 1943.)

G) Excelencias de la oración

31. *La Iglesia inicia la formación del cristiano interiormente por medio de la vida de oración.*—Por esto la Iglesia, según el mandato de Dios y la ley de Cristo, inicia la formación del cristiano, comenzando en lo interior por medio de la vida de oración. Alta y divina es su pedagogía y el tenor de su método pedagógico, que se remonta a sus primeros días. Tomad con vuestras manos y leed las epístolas de San Pablo, y considerar sobre todo los capítulos finales, con sus normas prácticas, y veréis cómo el Apóstol pone todas las cosas bajo la voluntad de Dios, el símbolo de la redención y la oración de los fieles: el cuerpo y el alma, acciones y omisiones del cristiano, hasta la comida y la bebida: *Ora comáis, ora bebáis, ora hagáis cualquier cosa, hacedlo todo a gloria de Dios* (1 Cor. 10, 31); toda la vida social, matrimonio y familia, esposo y esposa, padres e hijos, amos y criados; aun la misma vida pública, hasta los últimos fines del Estado: *Háganse oraciones y plegarias..., por los reyes y por todos los que ocupan altos puestos, a fin de que pasemos una vida tranquila y sosegada con toda piedad y dignidad* (1 Tim. 2, 1-2); en una palabra, todo: *Y todo cuanto hiciereis, de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de El* (Col. 3, 17). (*A los párrocos y cuaresmeros de Roma,* 13 de marzo de 1943, n. 5: Col. Enc. p. 990.)

32. *La oración es la más suprema fuerza y la más firme esperanza.*—Vosotros nos recordáis de hecho aquella que es para todos, pero, ¡cuánto más para Nos!, la suprema fuerza y la más firme esperanza. ¿Qué haría y qué sería el cristiano sin la oración? Y ¿qué haríamos y qué seríamos Nos mismo, en el gobierno de la Iglesia, si ésta no se recogiera a rogar, *sine intermissione,* continuamente, como en otro tiempo por su primera Cabeza, San Pedro, también ahora por su sucesor, aunque sea indigno? (*Audiencia pública,* 5 de julio de 1939.)

33. *Es la llave de los tesoros de Dios, arma de combate y de victoria.*—En tal palestra espiritual recomendamos. Nos sobre todo la oración, como ya dijimos a los alumnos del Santuario la primera vez que acudieron en torno a Nos. Orad, orad, orad. La oración es la llave de los tesoros de Dios; es el arma del combate y de la victoria en toda lucha por el bien y contra el mal. ¿Qué no puede la oración, adorando, propiciando, suplicando, dando gracias? Su vida, que señalamos ardientemente a las pléyades de la Acción Católica, es la consciente participación en el santo sacrificio de la misa, la frecuencia de los sacramentos, los ejercicios espirituales y, junto con las diversas formas de piedad, el ánimo y el ardor para el sacrificio, gran ley y condición para la fecundidad del apostolado. (*A los dirigentes de la Acción Católica Italiana*, 4 de septiembre de 1940, n. 14: Col. Enc. p. 1.153.)

34. *La plegaria es la juventud el alma.*—Vosotros podréis decir como el sacerdote que sube al altar por milésima vez: *Me acercaré al Dios que alegra mi juventud.* Hay una juventud del alma que sólo se mantiene por el contacto frecuente y filial con Dios. La plegaria y la comunión son vuestras dos fuentes de juventud. ¡Ojalá vuestro ejemplo traiga al mundo, egoísta y aturdido, un poco más de oración y de unción con Dios! Apretad las filas, multiplicaos cada vez más, para que al menos vuestra muchedumbre atraiga la atención de los extraños (Pío XII, *A tres mil miembros de la Obra de los Retiros de Roma*, 29 de junio de 1952).

35. *De entre todas las oraciones, la dominical es la más poderosa invocación que desde la tierra asciende al trono de Dios.*—De hecho, en esta piadosa Asociación del Apostolado de la Oración admiramos un pacífico ejército de los que oran con Nos, de millones de fieles que tras el lábaro de Cristo entonan la divina oración dominical, la más poderosa invocación que desde la tierra se eleva al trono de Dios por su gloria, por nuestras necesidades y por las del mundo entero. Con esta oración asciende al cielo también vuestro rico tesoro espiritual, añadido a vuestras oraciones y sacrificios, que en tiempo tan triste, gravoso y doloroso como el presente habéis ofrecido para consuelo y auxilio nuestro (*A los miembros del Apostolado de la Oración*, 17 de enero de 1943).

36. *La oración no rebaja, sino que engrandece al hombre.*—"La oración es un bien que no humilla ni rebaja, antes exalta y engrandece al hombre. Los más excelentes artistas, esos maestros de la psicología figurada, nada han creado que tanto cautive al alma como la representación del hombre en oración. En esa actitud de orantes es donde él manifiesta su más alta nobleza, de suerte que gráficamente se ha dicho que "sólo es grande el hombre cuando está arrodillado". Y ante vuestra mirada y ante vuestra estimación, ¿no os parecen engrandecerse más aún los poderosos, los altos personajes, los ministros del Estado, cuando los veis inclinados y postrados ante Dios en las solemnidades religiosas y en los ritos de la vida y de la muerte? (*A los párrocos y predicadores de Cuaresma*, 13 de marzo de 1943, n. 2: Col. Enc. p. 988).

37. *Viva era esa convicción en las pasadas generaciones, debilitada en nuestro tiempo.*—Viva era esa convicción entre las pasadas generaciones; y, si ha de lamentarse hoy que en gran parte se haya debilitado, culpad de ello a la acción devastadora del racionalismo, del materialismo, del filosofismo incrédulo, para los cuales la oración es algo insignificante, despreciable, nada varonil; ciencias son de falso nombre que con su gélido soplo helaron espiritualmente muchos corazones humanos con enfermizos temblores. Conviene, pues, que las mentes humanas se liberten de los errores, recuerden y vuelvan a contemplar su alta dignidad espiritual, reconozcan la enfermedad antinatural de su estado y de su espíritu, busquen su curación y den a la oración el puesto de honor en su cotidiano trabajo. (Ibíd., n. 2, p. 988.)

38. *Las prácticas exteriores de oración, en sí loables, no son lo mejor de la vida cristiana.*—No es pequeño el número de ciertos cristianos, creyentes en verdad, pero cuya vida de oración se apaga y no va más allá de ciertas prácticas casi siempre exteriores, como la peregrinación a una venerada imagen, la visita tradicional a algún santuario, no tanto por devoción y fervor en pro del alma cuanto para implorar auxilio en cosas puramente terrenales. Cierto que son loables esas piadosas prácticas cuando se realizan con recta intención y sin resabios supersticiosos, con plena sumisión a lo que Dios dispone; pero ni son lo mejor de la vida cristiana ni la integran por completo. (Ibíd., n. 3, p. 988.)

H) Pedir en el nombre de Jesús

39. *Muchas veces la Providencia nos retarda el cumplimiento de nuestra plegaria.*—Porque nada ayuda tanto a orar con confianza como la experiencia personal de la eficacia de la oración, a la que la amorosa Providencia ha respondido concediendo generosamente, plenamente, lo que se le pedía. Pero muchas veces también a nosotros, como a los mártires de los altares, nos ha dicho la Providencia que esperemos hasta el tiempo que ella designe. Al ver retardado el cumplimiento de sus plegarias, no pocos sienten que su confianza sufre un golpe considerable; no saben estar tranquilos cuando Dios parece sordo a todas las súplicas (*A los recién casados*, 24 de junio de 1941).

40. *Por ello no debemos perder nuestra confianza en el Padre, que nos ama.*—No, no perdáis nunca vuestra confianza en aquel Dios que os ha creado, que os ha amado antes que vosotros pudierais amarlo y que os ha hecho sus amigos. ¿No es acaso propio de la amistad que el amante ansíe que sea oído el deseo del amado, porque quiere precisamente su bien y su perfección? ¿No ama Dios a su criatura? ¿Y no es el amor un bien querer? ¿Y no deriva de la bondad divina todo el bien de la criatura? (cf. Santo Tomás, *Contra Gent.* l. 3 c. 95) (Ibíd.)

41. *Para muchos de los que oran, las divinas gracias parecen tardar demasiado.*—"Confiad en Dios. Nunca llegaron tarde las gracias divinas" (cf. Petrarca, *Trionfo dell'eternità* 13). "Y, sin embargo, a algunos, a muchos que oran, les parece que tardan demasiado las gracias divinas. Lo que piden les parece bueno, útil, necesario; y bueno no tan sólo para el cuerpo, sino también para su alma y para las almas de los suyos; ruegan con fervor durante semanas y meses, pero todavía no han obtenido nada. La salud, necesaria para ocuparse de la familia, aún no ha sido concedida a aquella madre; aquel hijo, aquella hija, cuya conducta pone en peligro su salud eterna, todavía no se han tornado a mejores sentimientos; aquellas dificultades materiales entre las que se agitan y se afanan los padres por asegurar un trozo de pan a los hijos, en vez de disminuir, no hacen sino crecer más duras y más amenazadoras. La Iglesia entera, con todos los pueblos, multi-

plica sus oraciones para obtener el fin de las calamidades que tanto hacen sufrir a la gran familia humana; pero todavía tarda en acercarse aquella paz según justicia que, deseada, invocada y ansiada con tan vivas súplicas, parece tan necesaria para el bien de todos y aun para el bien mismo de las almas (Ibíd.)

42. *Y tal vez queden perplejos al ver las explícitas promesas del Salvador de ser atendidos.*—Bajo el peso de tales pensamientos, muchos miran sorprendidos los sagrados altares ante los cuales se ora, y tal vez quedan escandalizados y perplejos al oír que la sagrada liturgia recuerda y proclama incesantemente las promesas del Salvador divino: *Todo lo que pidáis en la oración, creyendo, lo obtendréis* (Mt. 21, 22). *Pedid y recibiréis... Todo el que pide, recibe* (Mt. 7, 7). *Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo dará... En verdad, en verdad os digo que todo lo que pidáis en mi nombre, os lo concederá* (Io. 14, 13; 15, 16; 16, 23). ¿Podrían ser más explícitas, más claras, más solemnes, las promesas del Salvador? ¿No se verán algunos tentados por ventura a considerar como una amarga burla el silencio de Dios hacia sus oraciones? (Ibíd.)

43. *Pero Dios, que ve mucho más lejos que nosotros en aquello que pedimos, ni miente ni quiere mentir.*—Pero Dios ni miente ni quiere mentir; lo que ha prometido, lo mantendrá; lo que ha dicho, lo hará. Elevad la mente, queridos hijos e hijas, y escuchad lo que enseña el gran doctor Santo Tomás de Aquino (*Contra Gentiles* l.3 c. 96) cuando explica por qué las oraciones no son siempre acogidas por Dios: "Dios oye los deseos de la criatura racional en cuanto desea el bien. Pero ocurre acaso que lo que se pide no es un bien verdadero, sino aparente, y hasta un verdadero mal. Por eso esta oración no puede ser oída de Dios. Porque está escrito: *Pedís y no recibís porque pedís mal* (Iac. 4, 3). Vosotros deseáis, vosotros buscáis un bien, como os parece a vosotros eso que pedís; pero Dios ve mucho más lejos que vosotros en aquello que deseáis (Ibíd.)

44. *Y por eso no es de maravillarse que a veces no oiga nuestra petición, para hacer, en cambio, lo que nos ayuda más.*—Ocurre a veces —añade el mismo santo Doctor— que uno rehúsa por amistad lo que le pide un amigo, porque sabe que le será nocivo o porque le será más ventajoso lo contrario; así, el médico niega

algunas veces al enfermo todo lo que éste le pide, pensando que no le ayudará a recobrar la salud del cuerpo. Por lo tanto, así como Dios cumple los deseos que le exponen en la oración, por el amor que tiene hacia la criatura racional, no hay que maravillarse si en algunas ocasiones no oye la petición de aquellos que ama de modo particular, para hacer, en cambio, lo que, en realidad, les ayudará más. Por eso no quitó a San Pablo la "espina clavada en su carne" (2 Cor. 12, 7) —se trataba muy probablemente de una molesta enfermedad física—, aunque se lo había pedido tres veces, a fin de que ésta le fuese más útil para conservar la vida. De este modo, el gran Apóstol no fue ciertamente oído según su voluntad, *ad voluntatem*, porque no fue curado de la calamidad que le afligía; pero fue oído según su gracia para conseguir con mayor mérito el fin deseado, le oyó de un modo todavía más perfecto (cf. San Agustín, *In Epist. Ioannis ad Parthos* tr. 6 n. 6-7: PL 35, 2023) (Ibíd.)

45. *Jesús nos mandó pedir en su nombre, es decir, en nombre de la salud o salvación.*—Vigila, por lo tanto, hombre de fe —advierte San Agustín—, y escucha con vigilancia lo que enseña el Maestro divino: Cuando pedís lo que deseáis, pedidlo no de cualquier manera, sino en mi nombre, *in nomine meo.* ¿Y cuál es su nombre? Cristo Jesús: Cristo significa rey; Jesús significa salvador. Ciertamente, no nos salvará un rey cualquiera, sino el Rey Salvador; por eso, cualquier cosa que pidamos contraria a la utilidad de nuestra salud, no la pedimos en nombre del Salvador. Además, El es salvador, no sólo cuando hace lo que pedimos, sino cuando no lo hace; porque en el no hacer lo que ve que se pide contra la salud, se muestra mejor Salvador. ¿No es El el médico divino de la salud eterna? El sabe lo que nos ayuda o nos daña para salvarnos... El es no sólo Salvador, sino también Maestro bueno; para hacer todo lo que le pedimos, en la oración que El nos enseñó, declaró lo que debíamos pedir, advirtiéndonos también que no pedimos en nombre del Maestro lo que pedimos fuera de la regla de sus enseñanzas. Jesús, Salvador y Maestro como es, conoce el tiempo aceptable y el tiempo de la salud; por lo tanto, hasta cuando pedimos alguna cosa en su nombre, no la hace siempre inmediatamente que oramos, sino

a su hora; y lo que es diferido no es negado (cf. San Agustín, *Io 10. Evang.* tr. 73: PL 35, 1825-1826) (Ibíd.)

46. *Pidamos, pues, en el nombre de Jesús, que es el que hace válidos nuestros anhelos anteriores.*—En nombre de Jesús elevemos, pues, a Dios nuestra plegaria; porque *no se ha dado a los hombres otro nombre sobre la tierra en el cual podamos salvarnos* (Act. 4, 12). Es el nombre que hace válidos y eficaces nuestros anhelos interiores, y hace que los buenos deseos sean causa de lo que Dios, en su providencia, ha dispuesto que obtengamos con la oración, la cual no cambia el orden inmutable fijado por El, sino que lo cumple, en cuanto que en este orden providencial Dios ha coordinado la concesión de lo que pedimos con la oración que le dirigimos. Por eso dijo San Alfonso de Ligorio (cf. *Del gran medio de la oración,* hacia el fin) que el que ora se salva, el que no ora se condena; y afirmar que no se debe orar para obtener un favor de Dios, porque el orden de su providencia es inmutable, sería igual —observa el angélico Santo Tomás— que decir que no es necesario caminar para llegar a un sitio, ni comer para alimentarse; cosas evidentemente absurdas (cf. *Contra gentiles* l. 3 c. 96) (Ibíd.)

47. *El Señor no nos ha prometido en lugar alguno hacernos infaliblemente felices en este mundo, sino oírnos como padre.*—Nuestro Señor no nos ha prometido en lugar alguno hacernos infalimente felices en este mundo. Nos ha prometido —como leemos en el Evangelio— oírnos como el padre, que no dará por alimento a su hijo, aunque éste se lo pidiese, ni una piedra, ni una serpiente, ni un escorpión, sino el pan, el pez, el huevo, que le nutrirán y le harán progresar en la vida y en el crecimiento (Lc. 11, 11-13). Lo que Jesús, Salvador nuestro, se ha comprometido a concedernos infaliblemente como fruto de nuestras oraciones, no son aquellos favores que los hombres piden con frecuencia por ignorancia de lo que realmente ayuda para su salud, sino aquel "espíritu bueno", aquel pan de los dones sobrenaturales necesarios o útiles para nuestras almas; aquel pez preparado por El, que, como futuro símbolo suyo, dio Cristo resucitado como manjar a los apóstoles en las orillas del lago de Tiberíades; aquel huevo, alimento para los pequeños en la piedad y en la devoción, que los hombres no distinguen con frecuencia de las piedras más dañosas a la salud es-

ritual, que les ofrece el tentador Satanás (*A los recién casados, sobre la eficacia de la oración*, 9 de julio de 1941).

48. *Los hombres son como niños ignorantes, que no saben pedir; pero el Espíritu Santo inspira nuestros gemidos en el alma.*—El gran apóstol Pablo confesaba a los Romanos: *No sabemos, como convendría, lo que tenemos que pedir, pero el Espíritu mismo clama en nuestro lugar con gemidos inenarrables. Y El, que es escrutador de los corazones, conoce lo que ansía el Espíritu; sabe que pide para los santos según Dios* (Rom. 8, 26-27). Los hombres son muchas veces como niños ignorantes de lo que les es bueno y conviene pedir; son disparatadas las plegarias que muchas veces dirigen al Padre celestial. Pero el Espíritu Santo, que con su gracia obra en nuestras almas y nos inspira nuestros gemidos, sabe darles bien el verdadero sentido y el verdadero valor; y el Padre, que lee en el fondo de los corazones, ve clarísimamente lo que, a través de nuestras plegarias y de nuestros deseos, pide su divino Espíritu para nosotros, y tales peticiones del Espíritu, profundamente íntimas en nosotros, las oye El sin duda ninguna (Ibíd.)

49. *Por eso, cuando no conseguimos lo que pedimos, se nos concede lo que el Espíritu Santo pidió en nosotros con los gemidos que nos inspiraba.*—¿No veis, pues, en este Espíritu que obra en vosotros, el apoyo indestructible de vuestra confianza en la oración? ¿No veis el fuerte vínculo que liga la oración a su cumplimiento? Vosotros sabéis y creéis con toda el alma que ninguna de vuestras plegarias queda sin efecto, y que, cuando no obtenéis exactamente el especial favor que habéis pedido, debéis o reconocer la ignorancia de vuestro verdadero bien o pensar que aquel favor se os concederá en el momento que Dios determine; porque algunas gracias no son negadas, sino retrasadas, para concederse en tiempo oportuno; entretanto, recibís otra cosa mejor, mucho mejor, es decir, lo que el Espíritu Santo ha pedido en vosotros con los gemidos que os inspiraba. Tal debe ser la convicción y la ciencia del cristiano; tal la guía, el sostén y la luz de vuestra oración en medio de las oscuridades de la fe. Luz que no han de oscurecer en vuestros corazones ni la concesión retardada o no conseguida de nuestras súplicas ni las desventuras o los afanes de vuestro espíritu, sino que debe animaros también a perseverar en la oración (Ibíd.)

I) La oración católica ante los males y problemas de hoy

50. *El Papa invita a la oración de todos, que es una fuerza que hace violencia al cielo.*—Testigos no insensibles de tan lamentable estado de cosas, y no armados sino con las armas de la verdad, de la justicia y de la caridad cristiana, lo que Nos podemos hacer una vez más es invitar a todos los fieles a la oración propiciatoria y a la actividad benéfica. La oración es una fuerza que, al hacer por sus misteriosos caminos cierta especie de violencia al cielo, obra luego suave e irresistiblemente sobre las voluntades humanas, y llega hasta Dios con particular eficacia cuando se eleva de puros e inocentes corazones. Deber de todos y de cada uno es aquella actividad a la que ya se hallan consagradas diversas iniciativas públicas, y que, en horas graves como las que atraviesa Europa, tiene un altísimo valor de fraternal solidaridad. Si es piadosa y humana, Nos la bendecimos con gratitud, cualquiera que sea su origen; y, exhortando a coordinarla en todas las formas posibles, a fin de lograr su máximo rendimiento, esperamos que todos perseveren en ella sin cansarse ni desanimarse (*Carta al cardenal Maglione*, 21 de diciembre de 1940).

51. *Más que las obras externas, se necesita una oración intensa para que Dios doblegue las voluntades.*—Pero más que todas las obras externas, por bellas y útiles que sean, se impone la necesidad de un esfuerzo común, de una oración intensa y continua de las almas creyentes y amantes para implorar y obtener de la misericordia omnipotente de Dios las gracias victoriosas, que arrastran y vencen aun las más inflexibles voluntades, hasta doblegarlas; que caldean los corazones más fríos, de suerte que la caridad mutua y el amor fraterno puedan revivir y florecer entre los hombres. Todo otro recurso será inútil y vano paliativo mientras no obtuviéramos de la infinita Bondad la profunda e íntima renovación de las almas (*A la Archicofradía de la Adoración Perpetua*, 1 de mayo de 1941).

52. *En el torbellino de tantos males, el Papa desea que todos oren por la paz.*—En el torbellino de tantos males y peligros, de tantos sufrimientos y temores, puesto que el refugio más potente y seguro de confianza y de paz que nos queda es el acudir a Dios,

en cuyas manos están no solamente los destinos de los hombres, sino también los de sus luchas más obstinadas..., a vosotros y a todos cuantos elevan a Dios su corazón y sus manos, Nos repetimos y exhortamos hoy: No ceséis en la oración, sino reavivadla y redobladla. Sí; oremos por una pronta paz. Oremos por una paz para todos, mas no por una paz de opresión y de destrucción de los pueblos, sino por tal paz que, al asegurar el honor de todas las naciones, satisfaga sus problemas vitales y los legítimos derechos de todos (*Radiomensaje de Pascua al mundo*, 1941).

53. *Ante las agitaciones de nuestro tiempo, debemos dar a nuestras oraciones un sentido verdaderamente católico.*—Pensando en las agitaciones que, ante el mundo agitado de nuestros días, oprimen el corazón del Papa, dad a vuestra plegaria un acento verdaderamente católico: orad con la Iglesia y por la Iglesia. Orad a fin de que todos los hombres escuchen con ánimo dócil las llamadas angustiosas, las cálidas exhortaciones de nuestro amor paterno; que recuerden que son todos hijos de Dios y vuelvan a encontrar así el sentimiento de la fraternidad universal, fundamento necesario de la concordia de los pueblos y de la tan suspirada paz (*A los recién casados*, 17 de abril de 1940).

54. *Objeto el más digno de nuestras súplicas es implorar la conservación en la tierra de la fe en Dios.*—¿Y qué objeto más digno de nuestras súplicas y más correspondiente a la persona adorable a Aquél que es el único Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (1 Tim. 2, 5), que implorar la conservación en la tierra de la fe en el solo Dios vivo y verdadero? Tal petición lleva ya en sí parte de su consecución, pues, cuando uno ora, se une con Dios, y, por decirlo así, mantiene ya viva en la tierra la idea de Dios. La persona que ora, con su misma humilde posición manifiesta al mundo su fe en el creador y Señor de todas las cosas; al unirse luego con otros en la oración común, aun con esto solo reconoce que no solamente el individuo, sino también la sociedad humana, tienen sobre sí un Supremo y absoluto Señor (*Caritate Christi compulsi* n. 12: Col. Enc., p. 431).

55. *La oración ayuda a quitar la insaciable codicia de los bienes terrenos.*—La oración quitará, además, la misma causa de las dificultades de la hora presente, que arriba hemos señalado, esto es,

la insaciable codicia de bienes terrenos. El hombre que ora, mira hacia arriba; o sea, a los bienes del cielo, que medita y desea; todo su ser se inmerge en la contemplación del admirable orden puesto por Dios, que no conoce la manía de los éxitos y no se pierde en fútiles competencias de siempre mayores velocidades, y así, casi por sí mismo, se restablecerá el equilibrio entre el trabajo y el descanso, que, con grave daño para la vida física, económica y moral, falta por completo en la actual sociedad (Ibíd. n. 13 p. 432).

56. *Y ayuda a establecer los límites razonables entre el trabajo y la producción.*—Porque si los que, por causa de excesiva producción fabril, han caído en la desocupación y en la miseria quisieran dar el tiempo conveniente a la oración, conseguirían con ello que el trabajo y la producción volvieran muy pronto a los límites razonables; y la lucha que ahora divide a la humanidad en dos grandes campos de batalla, en que se disputan intereses meramente pasajeros, quedaría absorbida en la noble y pacífica contienda por la adquisición de los bienes celestiales y eternos (Ibíd. n. 13, p. 432).

57. *Es deseo del Papa que el obrero encuentre en la fervorosa plegaria, imitando a Cristo obrero, el vigor y la santificación de su trabajo.*—Elevad, cristianos obreros y obreras, vuestra fe con el pensamiento de la mente y con el sentimiento del corazón, confirmándoos cada día con el consuelo de la oración, que comience, santifique y cierre vuestra jornada de trabajo; pensamiento y sentimiento que iluminen y enfervoricen vuestras almas, sobre todo en el descanso de los domingos y de las fiestas, y que os acompañen y os guíen en la asistencia a la santa misa. Nuestro Redentor, hecho obrero, como vosotros, durante su vida terrenal, habiendo sido obediente al Padre hasta la muerte, renueva perpetuamente sobre el altar, Calvario incruento, el sacrificio de sí mismo en pro del mundo, distribuyendo sus gracias y pan de vida a las almas que lo aman y que en sus trabajos recurren a El para ser aliviadas. Ante el altar, en la Iglesia, todo trabajador cristiano renovará su voluntad de actuar dócil a la ley divina del trabajo, cualquiera que sea, intelectual o manual; de procurar con sus trabajos y privaciones el pan para los suyos; de tener

como ideal el fin moral de la vida en este mundo y la eterna felicidad, conformando sus intenciones con las del Salvador y armonizando su trabajo como un himno de alabanza a Dios (*A los trabajadores de Italia,* 13 de junio de 1943, n. 9: Col. Enc., p. 480).

58. *Y también que patronos y obreros recurran a la oración muchas veces como remedio de los problemas que surjan entre ellos.*—Exhortamos a los patronos y obreros católicos: Buscad también en la oración el remedio para los problemas y dificultades que surjan entre vosotros. Sabemos cómo se enredan muchas veces las situaciones y lo difícil que es encontrar soluciones. Pero los programas, las leyes y arbitrajes por sí solos no nos dan aún la paz social. Incluso preeminentes dirigentes de obreros en otros campos reconocen que, en último término, sólo puede brotar del espíritu cristiano y del amor cristiano de los interesados de ambas partes. ¡Orad mucho por este espíritu y este amor! (*A los católicos alemanes,* 3 de septiembre de 1950).

J) Almas de oración

59. *Con la oración y el trabajo, el apóstol engendra almas para Cristo.*—Los hijos de nuestras oraciones. ¡Bella y profunda palabra! Como Francisco Javier en la iglesia de Goa, ante el tabernáculo era donde Filipina Duchesne engendraba para Dios las almas de sus neófitos... Pero la oración y los ejercicios espirituales la ocupaban sobre todo. Maravillábanse las alumnas de verla pasar largas horas de rodillas, y los indios la denominaban "la mujer que siempre reza". Dos palabras, por lo tanto, resumen su vida, como la de todo apóstol: el trabajo y la oración; esfuerzo de la voluntad humana, confianza en la asistencia divina (*En la beatificación de la B. Filipina Duchesne,* 15 de mayo de 1940).

60. *El deber bien cumplido en estado de gracia hace almas de oración.*—... Sed también vosotras almas de oración. Algunas de vosotras llevan en medio del mundo una vida aparentemente profana. Recuerden bien que el deber cumplido en estado de gracia y con espíritu de fe, esto es, con Dios y por Dios, lejos de disipar un alma amante, la une con mayor intimidad al divino

Artífice, que vive y obra en ella. En la más humilde acción de María, ya cuando fue joven madre en Belén, ya cuando dedicábase a los trabajos domésticos en Nazaret, esclava doquier de su hijo Jesús, compañera suya en el Calvario y de sus apóstoles en el cenáculo, hubo siempre un inmenso tesoro de amor (*Audiencia pública*, 27 de marzo de 1940).

61. *La oración no es una ocupación tranquila, de almas ausentes de la tierra.*—Mezquina, en verdad, es la idea que el mundo tiene o se hace, con harta frecuencia, sobre la fuerza de la oración y sobre los que oran; en ella no ve sino una ocupación tranquilamente piadosa, ansiosamente solícita o líricamente exaltada de almas ausentes de la tierra y de la vida común y social; almas que llama místicas, sin comprender la belleza, la grandeza y el profundo significado de esta palabra (*A los miembros del Apostolado de la Oración*, 17 de enero de 1943).

62. *Como no estaba ausente Santa Teresa, que con su oración y amor fue el verdadero adversario de la Reforma.*—¿Estaba ausente, acaso, de la tierra y se desinteresaba del mundo la mística doctora Teresa de Jesús, cuya obra estaba movida y guiada por el ansia de arrancar las regiones católicas al error que invadía y desgarraba el gremio de la Esposa de Cristo? (cf. *Camino de perfección* c. 1). Así se explica que uno de los corifeos del libre pensamiento en el siglo pasado diera un vigoroso mentís a la despectiva crítica de frívolos filosofastros cuando dijo: "Teresa fue el verdadero adversario de la Reforma: ella fundó una orden a fin de combatir contra aquélla con la oración, con las lágrimas y con el amor. Nunca jamás, desde el Gólgota, habíanse oído gemidos semejantes (Ibíd.)

63. *Oraciones, lágrimas y amor, unidos al sacrificio de Cristo, ascienden al Eterno Padre desde la tierra.*—La oración, las lágrimas, el amor, son en realidad grandes cosas. Son los dones que cada mañana presentáis al Corazón de Jesús por medio del Corazón Inmaculado de María en vuestro ofrecimiento cotidiano del Apostolado de la Oración. Son los dones de vuestro corazón al Corazón de Cristo, a fin de que os consuele, a vosotros y al mundo, en los sufrimientos y angustias de esta vida.

Vosotros lo ofrecéis en unión con el sacrificio que Jesús mismo ofrece continuamente, hace siglos, sobre el altar. Unidos como estáis a El, también vuestra oración tiene que ascender hacia el Eterno Padre desde esta tierra, cuyos intereses todos tomáis vosotros en vuestras manos y los hacéis propios (Ibíd.)

64. *Los hombres de oración han sido siempre el fermento para renovar el mundo.*—Hombres en quienes la oración y el pensamiento de Dios haya llegado a ser una segunda naturaleza y el alimento cotidiano del alma, como debe ser en cristianos de sólido temple, según enseña el Apóstol, nunca dejarán de obrar en toda contingencia según la norma de la ley divina, ni dejarán de conformarse a ella en sus determinaciones, ya se trate de cosas ordinarias, ya se presenten momentos de grandes decisiones en la vida pública. Ellos constituyeron el buen fermento siempre que se trató de renovar el mundo en el espíritu de Cristo. Tales, en verdad, se mostrarán también hoy; pero a vosotros, amados hijos, es a quienes toca el crear y el preparar, mediante vuestro trabajo apostólico, esa religiosa falange de orantes tan poderosos (*A los párrocos y cuaresmeros de Roma,* 13 de marzo de 1943, n. 6. Enc. p. 990).

K) La oración en familia

65. *El Papa pide a los predicadores que despierten en los fieles la costumbre de orar en familia.*—Despertad en los fieles el sentimiento de la antigua y piadosa costumbre de orar juntos en familia; que en ésta, a horas determinadas, ante alguna imagen sagrada, se respire un aire de santuario; que la oración sea atenta, devota, conforme a las circunstancias del tiempo, de la actividad y del trabajo, y realizada de tal suerte que los hijos, en vez de experimentar el cansancio o fastidio por ella, se sientan más bien estimulados a prolongarla. ¡Espectáculo digno de los ángeles es la oración en común en el hogar doméstico! Y puesto que la vida pública, tan llena de distracciones y peligros, con demasiada frecuencia, en vez de promover, pone en peligro los más preciosos bienes de la familia, la fidelidad conyugal, la fe, la vir-

tud y la inocencia de los hijos, la oración en el santuario doméstico es hoy casi más necesaria que en los tiempos pasados, cuando en Roma florecía única la civilización cristiana y en las costumbres no había resucitado, por malicia de la irreligión, un encubierto paganismo. La imagen de la madre de familia orando es una visión de la gracia de Dios para su esposo y para sus hijos; y el recuerdo de un padre que en su profesión, tal vez en puestos altos, ha realizado grandes cosas, permaneciendo piadoso y devoto, se convierte con frecuencia en ejemplo animador y de salvación para el joven en los peligros y en las luchas espirituales de la edad madura (Ibíd., n. 7, p. 990).

66. *La oración de los esposos ha de ser no sólo en particular, sino también en común.*—Si todos los cristianos, que oran en su propio y particular recogimiento, deben dar también en su vida un puesto a la oración en común, que les recuerda que son hermanos en Cristo y que están obligados a salvar sus almas no aisladamente, sino ayudándose mutuamente, ¡con cuánta mayor razón no deberá separaros vuestra oración como eremitas y recogeros en una meditación solitaria, que haga que no os encontréis nunca juntos ante Dios y su altar! Y ¿dónde se apretarán y fundirán en uno vuestros corazones, vuestras inteligencias, vuestras voluntades, más profunda, fuerte y sólidamente que en la oración de los dos, en la que la misma gracia divina descenderá para armonizar todos vuestros pensamientos y todos vuestros afectos y anhelos? ¡Qué dulce espectáculo a la mirada de los ángeles es la oración de dos esposos que elevan sus ojos al cielo e invocan sobre sí y sobre sus esperanzas la mirada y la mano protectora de Dios! En la Sagrada Escritura, pocas escenas igualan la conmovedora oración de Tobías con su joven esposa Sara. Conocedores del peligro que amenaza a su felicidad, ponen su confianza, elevándose ante Dios, sobre las bajas miras de la carne, y se animan con el recuerdo de que, hijos de santos, no les estaba bien unirse "a la manera de los gentiles, que no conocen a Dios" (Tob. 8, 4-5) (*A los recién casados*, 12 de febrero de 1941).

67. *Por muy ocupado que esté el día, hay que encontrar un rato para orar en común.*—Por muy llenas y cargadas de ocupaciones

que puedan estar vuestras jornadas, sabed encontrar al menos un instante para arrodillaros juntos e iniciar el día elevando vuestros corazones hacia el Padre celestial e invocando su ayuda y bendición. Por la mañana, en el momento en que el trabajo cotidiano os llama imperiosamente y os separa hasta el mediodía y acaso hasta la tarde, cuando después de una ligera colación cambiáis una mirada y una palabra antes de separaros, no olvidéis nunca recitar juntos, aunque no sea sino un simple "Pater noster" o un "Ave María" y dar las gracias al cielo por aquel pan que os ha concedido. La jornada, larga, acaso penosa, os tendrá lejos el uno de la otra; pero, cercanos o lejanos, estaréis siempre bajo la mirada de Dios; y vuestros corazones, ¿no se alzarán acaso con devotos y comunes anhelos hacia El, en el que quedaréis unidos y que velará sobre vosotros y sobre vuestra felicidad?

Y cuando cae la tarde y, terminado el duro trabajo del día, os reunís al fin dentro de las paredes domésticas con la alegría de gozar un poco el uno con la otra y comunicaros las incidencias de la jornada, en aquellos momentos de intimidad y de reposo, tan preciosos y dulces, dad el puesto debido a Dios. No temáis: Dios no vendrá importuno a turbar vuestro confiado y delicioso coloquio; al contrario, El, que ya os escucha y que en su corazón os ha preparado y procurado aquellos instantes, os los hará, bajo su mirada de Padre, más suaves y confortantes (Ibíd.)

68. *Que se conserve intacta la bella tradición de la oración familiar ante las exigencias de la vida moderna.* —En el nombre de nuestro Señor os lo suplicamos, queridos recién casados; empeñaos por conservar intacta esa bella tradición de las familias cristianas, la oración de la noche en común, que recoge al fin de cada día, para implorar la bendición de Dios y honrar a la Virgen Inmaculada con el rosario de sus alabanzas, a todos los que van a dormir bajo el mismo techo: vosotros dos, y después, cuando hayan aprendido de vosotros a unir sus manecitas, los pequeños que la Providencia os haya confiado, y también, si para ayudaros en vuestras labores domésticas os los ha puesto el Señor a vuestro lado, los criados y colaboradores vuestros, que también son vuestros hermanos en Cristo y tienen necesidad de Dios. Que si las duras e inexorables exigencias de la vida moderna no os dan

lugar a alargar tan piadoso intermedio de bendición y acción de gracias al Señor y de añadirle, como gustaban de hacer vuestros padres, la lectura de una breve vida de santo, del santo que nos propone todos los días como modelo y protector particular, no sacrifiquéis del todo, por rápido que tenga que ser, este momento que dedicáis juntos a Dios, para alabarle y llevar ante El vuestros deseos, vuestras necesidades, vuestras penas y vuestras preocupaciones del presente y del futuro (Ibíd.)

69. *Orar en común en el hogar es transformar la casa en una iglesia.*—Un ejercicio tal de la devoción cristiana que equivale a transformar la casa en una iglesia o en un oratorio. Es un impulso sagrado de almas que sienten en sí la fuerza y la vida de la fe. También en la antigua Roma pagana, la morada familiar tenía la habitación y el ara dedicados a los dioses Lares, que, especialmente en los días festivos, eran adornados con guirnaldas de flores, y en los cuales se ofrecían súplicas y sacrificios. Era un culto manchado por el error politeísta; pero con cuyo recuerdo, ¡cuántos y cuántos cristianos deberían sonrojarse, ellos, que, con el bautismo en la frente, no encuentran ni sitio en sus estancias para colocar la imagen del verdadero Dios ni tiempo en las veinticuatro horas del día para unir en torno a El el homenaje de la familia! Para vosotros, queridos hijos e hijas, que gozáis en vuestro ánimo el ardor cristiano encendido por la gracia del santo matrimonio, el centro de donde irradie todo el curso de vuestro vivir debe ser el crucifijo o la efigie del Sagrado Corazón de Jesús: que reine sobre vuestro hogar y os llame todas las noches ante El, y que os hará encontrar en El el sostén de vuestras esperanzas, el aliento de vuestros afanes, porque hasta la más larga jornada de la vida humana nunca pasa del todo serena y sin nubes (Ibíd.)

JUAN XXIII (m. 1963)

A Pío XII sucedió el Papa Roncalli con el nombre de Juan XXIII, iniciador del Concilio Vaticano II.

1. *Me propongo* visitar todos los días al Santísimo Sacramento, así como alguna iglesia o capilla dedicada a la Santísima Virgen (Diario, p. 58).

2. Debo y quiero ser cada vez más hombre de intensa oración. Este año pasado he mejorado en tal sentido. Proseguiré con ahínco y fervor, concediendo una importancia y un cuidado mayor a mis prácticas: oración mental, santa misa, breviario, examen de conciencia, rosario, visita al Santísimo Sacramento. Conservo a Jesús Eucaristía conmigo, y es mi gozo que El encuentre en mí su casa, lo que es para mi vida motivo de divina complacencia (Id., p. 285).

3. Todo el mundo es mi familia... Esta visión, este sentimiento de universalidad vivificará ante todo mi constante e ininterrumpida oración cotidiana: Breviario, Santa Misa, Rosario completo, visitas fieles a Jesús en el sagrario, fórmulas rituales y múltiples de unión con Jesús, familiar y confidente. (Id., p. 378.)

4. El Santo Rosario, como es sabido de todos, es un excelentísimo modo de oración meditada, compuesta a guisa de mística corona, en la cual las oraciones del Padrenuestro, del Ave María y del Gloria se entrelazan con la consideración de los más altos misterios de nuestra fe, presentado a la mente, como en otros tantos cuadros, el drama de la Encarnación y de la Redención de Nuestro Señor.

Este dulce recuerdo de nuestra edad juvenil no nos ha abandonado con el pasar de los años y ni siquiera se ha debilitado. Por el contrario —lo decimos con toda sencillez—, tuvo la virtud de hacernos cada vez más querido a nuestro espíritu el Santo Rosario, que no dejamos nunca de recitar completo todos los días del año (Enc. sobre el Sto. Rosario, 29-9-59).

5. ¡Encanto del Rosario! Oración entrelazada de Padrenuestros y Avemarías que propone al espíritu recogido la realidad inefable de la Encarnación, de la Pasión y Muerte del Hijo de Dios. Resurrección y Ascensión, la venida del Espíritu Santo, los triunfos de María, estrechamente asociada a los gozos, a los dolores y a la gloria de su Hijo Jesús.

Al recitar los misterios, se revive todo el Evangelio; la historia maravillosa del género humano redimido y salvado (4-5-63).

PABLO VI, PAPA (m. 1978)

Giovanni Battista Montini nació en 1897 en Concensio (Brescia). Realizó sus estudios en Milán y Roma. El Papa Juan XXIII lo nombró cardenal en 1958 y en 1963 le sustituyó en el pontificado con el nombre de Pablo VI. Fue el gran codificador del Concilio Vaticano II.

1. *Es necesario orar bien.*—Entre tanto escuchemos las palabras de esta gran asamblea de los Pastores de la Iglesia Católica, que nos dice el primer deber, la primera reforma, el primer anuncio al mundo: ¡Es necesario orar bien!... Si tenéis que contestar (a las críticas que se hacen a la Iglesia) ahí tenéis una hermosa respuesta, que defiende a la Iglesia y muestra la realidad de su vida: la autoridad de la Iglesia, en su más solemne expresión, ha dado también esta vez, la importancia principal y superior a todas las demás manifestaciones posibles del organismo eclesiástico, a la oración..., es decir, al diálogo con Dios, a la actividad propiamente religiosa y espiritual, a su vida interior en el acto de unirse, mediante Cristo y su sacerdocio, al mundo divino... ¿Qué otra cosa os repite el Papa? ¿Qué ejemplo nos da el Concilio? Orad, orad bien, orad con la Iglesia, orad con su sacerdocio que en la santa liturgia tiene el poder de representar a Cristo en medio del pueblo fiel; más aún, de hacerlo misteriosamente presente y operante. (Audiencia del 11-12-1963. "L'Osservatore Romano", 12-12-63).

2. *La oración es lo más importante.*—Daremos a todos una exhortación, que el período actual, la Cuaresma, nos infunde en el corazón. Sí, la Cuaresma nos ofrece la expresión apropiada para este momento. ¿Qué ha de decir el Papa a quienes le visitan durante este período espiritual especial? Creemos que debemos deciros: ¡Hijos, orad, orad un poco más, tratad de orar bien, procurad uniros a la oración de la Iglesia que en este período de preparación pascual multiplica sus oraciones y les da una gama de ritos y fórmulas bellísimas y riquísimas!

Os confiaremos a este propósito un corto pero significativo episodio que ayer precisamente nos llenó el ánimo de gozo y admiración. Un señor muy sabio e importante que ha ocupado cargos de relieve y responsabilidad, ya anciano y lleno de experiencia. Nos decía: "Santidad: ¿sabe lo que después de todo y sobre todo me parece lo más importante en la vida del hombre? La oración. ¡Sí, la oración! Podemos atesorar tan abierto y precioso testimonio que confirma la enseñanza de la Iglesia recibida del Señor y que repite en estos días: Es necesario orar siempre y no desfallecer (Lc. 18, 1) (Audiencia del 26-2-64. "L'Osservatore Romano", 27-2-64).

3. *¿Qué es la oración?*—Es oración lo que dice el Evangelio: coloquio, conversación, contacto con Dios. Encuentro casi terrorífico entre el yo, pobre cosa de este mundo, y el infinito, el Creador. Mas ante el espanto que pueda apoderarse de nosotros, Jesús nos invita a hablar con coloquio vivo y verdadero. Recordemos la actitud del pobre publicano del Evangelio, que no se atreve a entrar en el templo y reconoce la propia pequeñez, debilidad e indignidad. Verdadera actitud religiosa de un tal sentido de la propia indignidad e incapacidad para tomar contacto con el Creador. La oración, pues, supone la realidad de Dios y la realidad del yo, y deriva del contacto de ambas realidades. ("L'Osservatore Romano", 7-5-64).

4. *No hay nada comparable a la oración.*—El verdadero discípulo de Cristo debe ser un hombre de oración. A través de ella se abre el cielo, estableciéndose un diálogo de amor entre Dios y los hombres. ¡Cuánto mejor sería el mundo si todos los hombres supieran orar bien! San Juan Crisóstomo, traduciendo los sentimientos de la Iglesia, afirmó: "Nada hay más poderoso que la oración. No hay nada que se le pueda comparar". (Al cardenal patriarca de Lisboa. "L'Osservatore Romano", 6-5-65).

5. *¿Qué valor tiene hoy la oración?*—¿Se ora hoy? El hombre moderno, ¿sabe orar? ¿Se siente la obligación, la necesidad de hacerlo? E incluso el cristiano ¿tiene la facilidad, el gusto y la afición a las formas de oración? ¿Posee siempre el valor y la afición a las formas de la oración que la piedad de la Iglesia, aun no declarándolas oficiales, nos ha enseñado y recomendado con tanta insistencia, como el rosario, el vía-crucis, etc., y especial-

mente la meditación, la adoración eucarística, el examen de conciencia, la lectura espiritual?

Nadie pretenderá atribuir a la liturgia, es decir, a la celebración comunitaria y eclesial de los misterios de la redención, la disminución de la oración personal...

Os decimos estas cosas a vosotros, hermanos y hermanas, dedicados al Señor que tenéis el derecho y el deber de mantener una gozosa conversación con El. Os lo decimos a vosotros, jóvenes, ávidos de encontrar la clave del siglo nuevo; a vosotros, cristianos, que queréis descubrir la síntesis posible, purificadora y beatificante de la vida vivida hoy y de la fe que tanto amáis. Os decimos estas cosas a vosotros, hombres de nuestro tiempo, lanzados en el torbellino de vuestras agobiantes ocupaciones, que sentís la necesidad de una certeza y de un consuelo que nada en el mundo puede daros. A todos, pues, os decimos: Orad, hermanos. (Enseñanzas del Pueblo de Dios. Vaticano, 1969, pp. 125-128).

6. *Es imposible vivir cristianamente sin una vida de oración.*— Sin una propia, íntima y continua vida interior de oración, de fe y de caridad, no podemos seguir siendo cristianos; no podemos participar de un modo útil y consciente en el florecimiento del renacer litúrgico; no podemos dar un testimonio eficaz de aquella auténtica vida cristiana de la que se hable frcuentemente; no podemos pensar, respirar, obrar, sufrir y esperar plenamente con la Iglesia viva y peregrina. Es necesario orar. Por falta de oración disminuyen y tal vez llegan a faltar en nosotros, tanto la comprensión de las cosas y de los acontecimientos como la misteriosa pero indispensable ayuda de la gracia. Estamos convencidos de que muchas de las crisis espirituales y morales de personas educadas e insertas a diversos niveles en el organismo eclesiástico, se deben a la languidez y tal vez a la falta de una vida regular e intensa de oración, sostenida hasta hace poco por prudentes costumbres exteriores. Estas han sido abandonadas, y la oración se ha apagado, y con ella, la fidelidad y la alegría... Desearíamos dar alientos a vuestra vida de oración, sea cual fuese vuestra edad y vuestro estado... Y no sólo esto, la oración, la vida de oración, es decir, la dirección habitual del espíritu

hacia Dios, mediante el coloquio filial y el silencio concentrado en El, lleva a aquella forma de espiritualidad que está penetrada por el don de la sabiduría del Espíritu Santo (Rom. 8, 14) y que podemos llamar, incluso para el simple fiel, vida contemplativa. (Enseñanzas del Pueblo de Dios. Vaticano, 1969, pp. 129-133.)

7. *La oración es un coloquio de amistad.*—El mensaje de oración nos llega a nosotros, hijos de la Iglesia, en una hora caracterizada por un gran esfuerzo de reforma y de renovación de oración litúrgica; nos llega a nosotros tentados por el reclamo y el compromiso del mundo exterior a ceder al trajín de la vida moderna y a perder los verdaderos tesoros de nuestra alma por la conquista de seductores tesoros de la tierra... Llega ahora a nosotros el sublime y sencillo mensaje de la oración de parte de la sabia Teresa que nos exhorta a comprender el gran bien que hace Dios a un alma que la dispone para tener oración con voluntad..., es decir, con palabras de la misma Teresa: que "no es otra cosa la oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama" (Enseñanzas del Pueblo de Dios. Vaticano, 1970, pp. 376-377).

8. *Sin oración no hay vida espiritual.*—¿Ora el hombre de hoy? Donde la Iglesia vive, sí... La oración es el respiro del Cuerpo místico, su diálogo con Dios, expresión de su caridad, esfuerzo por llegar al Padre, el reconocimiento de su providencia en la dinámica de los acontecimientos del mundo, la súplica a su misericordia y a la intervención de su ayuda en la debilidad de nuestras fuerzas, la confesión de su gloria, la alegría del pueblo de Dios de poder celebrarle a El y a todo lo que de El nos viene, la escuela de la vida cristiana, es una flor que germina sobre la doble raíz viva y profunda del sentido religioso y de la gracia del Espíritu que anima en nosotros la plegaria, es la expresión vértice de la Iglesia: su aliento, su principio; es el momento clásico en el que la vida divina comienza a circular en la Iglesia. (Enseñanza al Pueblo de Dios. Vaticano, 1974, pp. 109-112.)

9. *La oración es el fundamento de la vida cristiana.*—En la práctica de nuestra vida espiritual, habría que poner aquí la doctrina de la oración como condición fundamental de nuestra religiosi-

dad salvífica. Nos referimos a aquella oración que abre el alma a la acción benéfica de la misericordia de Dios y que es, más o menos, de todos conocida, ya sea en su definición esencial de acto racional del espíritu que se dirige voluntariamente a Dios, ya sea como acto de tendencia amorosa hacia El, ya sea como éxtasis contemplativo y místico en presencia del divino Interlocutor (Ibíd., pp. 167-168).

10. *La Iglesia es una comunidad que ora.*—¿Qué es la Iglesia? Es una comunidad que ora; es decir: es un pueblo que salmodia y reza, un pueblo de Dios. Esta es la señal de su filosofía y de su teología: es el hombre que tiene necesidad de Dios (2 Cor. 3, 5), y que lo debe todo a Dios (Mt. 22, 38). Su actitud fundamental y característica, por esto, es la cultural. La Iglesia es, ante todo, una sociedad religiosa. Lo que le interesa es la oración. La Iglesia se propone un objetivo primario: poner a los hombres en comunicación con Dios, mejor, en comunión con Dios. Como dice el Concilio, ella es "signo e instrumento de la unión íntima con Dios" (Lumen Gentium I). La Iglesia une a los hombres que le son fieles, para hacerlos fieles a Dios...

11. La Iglesia, por esta concepción general y suprema, humana y cósmica de la religión católica, es decir, por su fe, está organizada, existe, ama, trabaja, sufre, desarrollando siempre su doble coloquio con Dios y con el hombre orando. Nos guste o no, este es el rostro de la Iglesia, el del gran coro ordenado de la humanidad que ensalza, que adora al Padre "en espíritu y en verdad" (Jn. 4, 23). Y es un rostro espléndido, que irradia espiritualidad y sociabilidad, vigor moral y bondad caritativa, misterio y claridad... Y esta irradiación se difunde del rostro de la Iglesia como un reflejo del rostro de Dios (Sal. 4, 7). Así es la Iglesia orante. La Iglesia orante, como sabéis, tuvo su magnífica exaltación en el Concilio. No podemos olvidarlo por el hecho estimulador de la reforma litúrgica. Esta reforma, por la misma intención que la provocó, la pastoral, la de hacer revivir la oración en el Pueblo de Dios, una oración pura y participada, es decir, interior y personal y, al mismo tiempo, pública y comunitaria, merece una gran consideración incluso cuando se pone en comparación con las condiciones espirituales de nuestro mundo moderno. (3-11-1971.)

JUAN PABLO II

Al Santo Padre le preguntaron: "¿Qué sucede con el secreto de Fátima? Debía haberse abierto ya en 1960."

Respuesta: "Por causa de la gravedad de su contenido y para no incitar a la potencia mundial del comunismo a ciertas acciones, mis predecesores en la Cátedra de San Pedro prefirieron una relación diplomática. Además de eso, un buen cristiano debe contentarse con lo siguiente: Si leemos que océanos inundan grandes extensiones del mundo, que desaparecerán millones de hombres, entonces ya no se debería suspirar por la revelación del secreto. Muchos quieren saberlo todo por curiosidad y sensacionalismo, olvidándose que el saber implica responsabilidad. Pretenden sólo satisfacer su curiosidad, y esto es muy peligroso cuando al mismo tiempo no se quiere hacer nada contra el mal". Entonces el Papa apretó el Rosario, diciendo: "Aquí está el remedio. Rezad, rezad y no me hagáis más preguntas. Confiad todo lo demás a la Madre de Dios".

Pregunta: ¿Cómo irán las cosas en la Iglesia en adelante?

Respuesta: "Ciertamente tendremos que contar en breve con grandes pruebas que pueden hasta exigirnos el sacrificio de la vida y nuestra entrega total a Cristo. Pueden, sin embargo, ser disminuidas por vuestra y nuestra oración, pero no ser evitadas del todo, porque sólo así se podrá realizar la verdadera renovación de la Iglesia. ¡Cuántas veces ya se ha realizado la renovación de la Iglesia con la sangre! Y esta vez no será diferente. Estemos preparados y fuertes, puesta nuestra confianza en Cristo y su Madre. Recemos el Rosario muchas veces, así, aunque parezca poco, de hecho hacemos mucho" (Sol de Fátima, abril, 1982).

"Sed fieles a vosotros mismos, conservad vuestra herencia de fe, de valores espirituales y de honradez de vida... Y ¿queréis que os enseñe un secreto para conservarla? Es sencillo y ya no es secreto: rezad, rezad mucho; rezad el Rosario todos los días" (en Fátima, 12-5-82).

SOR LUCIA DE FATIMA

Sor Lucía, religiosa carmelita de Coimbra, es la única sobreviviente de los tres pastorcitos de Fátima a los que en 1917 se les apareció la Santísima Virgen en Cova de Iría. A sus primos Jacinta y Francisco, según promesa de la Virgen, se los llevó muy pronto al Cielo. A Lucía también le prometió llevarla al Cielo, pero, "antes quería servirse de ella para hacerla conocer y amar".

Lo que te recomiendo, por encima de todo, es que te llegues al sagrario y ores. En la oración fervorosa recibirás la luz, la fuerza y la gracia que necesitas... Sigue este camino y verás que en la oración encontrarás más ciencia, más luz, más fuerza, más gracia y virtud de todo lo que pudieras conseguir leyendo muchos libros o haciendo grandes estudios. Nunca consideres malgastado el tiempo que pases en la oración... Que falte tiempo para todo lo demás, pero nunca para la oración. Estoy convencida de que la principal causa del mal que hay en el mundo y de los fallos de tantas personas consagradas, proviene de la falta de unión con Dios a través de la oración (Carta a su sobrino, el P. José).

Sin duda que los males del mundo son fruto de la falta de espíritu de oración. Era en vista de esta realidad que la Virgen recomendó con tanta insistencia el rezo del Rosario. Por eso debemos trabajar sin cesar para restaurar e incrementar el espíritu de oración en las almas. Efectivamente, la oración es el medio que más nos acerca a Dios, y en este encuentro con El nos comunica su gracia, dándonos luz y fuerza para superar las tentaciones y dificultades.

Desgraciadamente hay muy pocas personas que asisten diariamente a Misa, recibiendo el alimento de la Eucaristía. Por eso el Rosario se hace indispensable para las almas. Pues si no rezan el Rosario, ¿qué oración van a decir? Y sin oración, ¿quién se salvará?

Puedo ir más lejos y decir que, incluso hasta para aquellos que van todos los días a Misa el rezo diario del Rosario es necesario para mantener la fe, la esperanza y la caridad. El Rosario es fundamental para la Sagrada Liturgia, porque recuerda diariamente a las almas los misterios principales de nuestra redención.

Esto forma parte del mensaje de Fátima y no podemos descuidar ningún medio para cumplirlo. Ahora más que nunca el mundo lo necesita...

El Rosario después de la Liturgia es la oración más recomendada por la Virgen y los Papas; señal que es un medio poderoso tanto de salvación eterna como también de protección de la vida terrena. Por esto debemos ser luchadores y combatir hasta la victoria con esta arma, cumpliendo cada uno la misión que Dios le haya asignado. (Carta al P. Umberto Pascuale, del 26-11-70.)

CONCLUSION

Por supuesto que este libro no lo va a leer todo el mundo; pero espero que al menos lo lean muchos sacerdotes, párrocos y superiores de comunidades religiosas, a quienes deseo encarecer con todo mi corazón que tomen muy a pecho el recomendar con toda insistencia a sus dirigidos el ejercicio de la oración.

Empezando por los superiores de comunidades religiosas, puedo asegurarles con absoluta certidumbre que por este medio y únicamente por este de la oración, podrán conseguir la reforma de sus conventos y que se guarde en ellos la más estrecha observancia de sus reglas y constituciones. Así lo afirma categóricamente Santa Teresa: "Como se haga bien la oración, que es lo más importante, no se dejará cumplir los ayunos y disciplinas y silencio que manda la Orden" (Cam. c. 4).

Todos los reformadores empezaron por aquí, y quienes hayan querido realizar alguna reforma en los conventos sin tener en cuenta la oración, acabaron en más grande relajación.

Pero no he de referirme solamente a los religiosos, pues el precepto de la oración es para todos, religiosos y seglares, y estos últimos, por vivir en el mundo, más cercados de peligros, podemos decir que tenemos de ella mucha mayor necesidad.

Por eso San Ligorio insistía tanto en todos sus libros, recomendando a los sacerdotes que no se cansasen nunca de predicar, inculcando a toda clase de personas la absoluta necesidad que todos tenemos de acudir con insistencia a la oración para salvarnos. Estas son sus palabras: "No hay cosa que me aflija tanto como ver lo poco que se insiste sobre la oración. Sin embargo, creo yo que predicadores, confesores y libros espirituales de ninguna otra cosa debieran tratar con más extensión que de este asunto de la oración". Y lo repite una y otra vez en casi todos sus libros, porque, como hemos podido ver claramente a lo largo de todo este libro, sin oración no hay virtud, sin ella no hay victoria, y quien la deja no tiene salvación.

¡Dichosos los religiosos que viven en la casa de Dios y que en cualquier momento del día o de la noche pueden hacer una visita a Jesús Sacramentado y tener un rato de oración!

No hay duda de que el mejor sitio para tener un rato de oración es en la iglesia muy cerquita del Sagrario, donde nos invita a acudir el Apóstol con estas palabras: "*Acerquémonos confiadamente al trono de la gracia, a fin de alcanzar misericordia y hallar el auxilio de la misma gracia para ser socorridos en el tiempo oportuno*" (Heb.4,16).

Según los comentaristas, el trono de la gracia no es otro sino el Sagrario, donde reside como en un trono real el mismo Autor de la gracia, y desde donde la reparte a manos llenas a todos los que acuden a solicitarla.

Por ello no cabe duda que es de suma importancia que también los seglares acudan todos los días a hacer la visita al Santísimo y se pasen en su compañía un buen rato, ya que será el mejor y más aprovechado de cada día.

No sin otro motivo el mismo Derecho Canónico ordena a los párrocos que procuren que sus iglesias permanezcan abiertas varias horas al día; porque no hay nada más útil ni más importante como que los fieles acudan a visitar a Jesús Sacramentado y pasarse con El un buen rato cada día.

Este es el texto del canon 937: "La iglesia en la que está reservada la Santísima Eucaristía debe quedar abierta a los fieles, por lo menos algunas horas al día, a no ser que obste una grave razón, para que los fieles puedan hacer oración ante el Santísimo Sacramento".

¡Desgraciadamente abundan los sacerdotes que desconocen este canon, o que consideran suficiente razón para no abrirlas el que no tienen ganas de hacerlo ni se quieren molestar en pedir que abra la iglesia el sacristán o alguna persona devota que se sentiría encantada de hacerlo!

Si tú, amado lector, fueses un párroco, o tuvieses a tu cargo alguna iglesia, por favor mantenla abierta todo el tiempo que pudieses, pues bien sabes que los seglares necesitan la oración de cada día como necesitan la comida y como la necesitas tú, y en las casas de los seglares es muy difícil recogerse para hacer oración, por lo que si no encuentran una iglesia abierta resultará casi inútil que se les inculque la necesidad de la oración.

Si la iglesia permanece cerrada durante el día, al menos a la hora de la misa diaria debería permanecer abierta sobre un par

de horas, procurando por todos los medios posibles que se guarde en ellas el más riguroso silencio.

Es recomendable que antes de la misa se rece el rosario, por el mismo párroco o por alguna otra persona devota; pero es muy importante que se rece antes de la misa y nunca después. Pues después de la comunión se debe orar al Señor y no a la Virgen; pues sería una especie de descortesía tener a Dios en el pecho y entretenerse en hablar con otros aunque sea con su queridísima Madre.

Según Santa Teresa y otros muchos santos que también lo dicen, el mejor tiempo para la oración es el que sigue a la comunión. "Este es el tiempo más oportuno para negociar con Dios", dice la simpática Santa Teresa. Por eso es importantísimo que los sacerdotes enseñen a los fieles a aprovechar esos minutos, y debería negársele la comunión a las personas que sin absuta necesidad se salen de la iglesia apenas acaban de comulgar.

Dice San Pablo: "*Quien come y bebe sin discernir el Cuerpo, se come y bebe su propia condenación*" (1 Cor.11,29).

Ahora yo me pregunto: Los que se salen de la iglesia inmediatamente acabada la misa, cuando apenas habrá tres o cuatro minutos que han comulgado, ¿saben que son como sagrarios vivientes y que dentro de su pecho sacan de la iglesia a Jesucristo?

Si no lo saben, es que *no saben discernir el Cuerpo del Señor*, y, por lo tanto, no deben de comulgar. Pero si lo saben y se atreven a cometer la grosería de salir de la iglesia como si hubieran comido un pan bendito, y volviendo la espalda a su Majestad, que llevan en sus pechos, voluntariamente lo olvidan para distraerse charlando con las personas, su culpa es mucho mayor, y de ninguna forma se le debería dar la comunión.

Sin grave necesidad, nadie debería salir de la iglesia hasta al menos unos ocho o diez minutos después de comulgar; aunque lo ideal es estarse en coloquios con el Señor al menos un cuarto de hora o unos veinte minutos, pues muchas personas, quizá a lo largo del día, no puedan volver a tener otra ocasión para recogerse interiormente con el Señor.

Hacen muy mal los sacerdotes o sacristanes que después de la misa apenas mantienen abierta la iglesia unos diez minutos escasos, y que casi echan a la calle a las personas devotas que quisieran estar más rato, cuando debieran hacer todo lo contrario, demostrando que no tienen prisa de cerrar y que pueden permanecer orando todo el tiempo que quieran hacerlo.

También hacen muy mal los sacerdotes que no exigen que dentro de la iglesia guarden los fieles rigurosísimo silencio; pues yo no sé si es por arte del demonio que en casi todas las iglesias hay un grupo de mujercitas que apenas abren la iglesia ya están ellas ocupando los bancos más cercanos al Sagrario; y lo triste es que no van allí a orar y a pedir ayuda al Señor, sino a charlar y cuchichear unas con otras, interponiéndose como una barrera entre las personas devotas que tienen que ponerse a cierta distancia, para no oírlas, y el Señor que está en el Sagrario. ¡Por favor, no consientan los cuchicheos en la iglesia, y mucho menos si es cerca del Sagrario!

INDICE

Prólogo 5
San Pedro Damasceno (s. XI) 7
San Simeón el nuevo teólogo (m. 1022) 9
San Pedro Damiano (m. 1072) 10
San Bruno Cartujano (m. 1101) 11
San Anselmo (m. 1109) 12
Beato Enrique Susón (m. 1133) 16
Beato Hugo de San Víctor (m. 1141) 17
Guillermo de Sant-Thierry (m. 1148) 22
San Bernardo de Claraval (m. 1153) 25
San Elredo de Rieval (m. 1167) 32
Beato Gilberto de Hoyland (m. 1172) 35
Beato Guido II (m. 1193) 38
San Francisco de Asís (m. 1226) 41
San Antonio de Padua (m. 1231) 43
Beato Jordán de Sajonia (m. 1237) 44
San Buenaventura (m. 1274) 47
Santo Tomás de Aquino (m. 1274) 51
Santa Matilde de Hackeborn (m. 1299) 63
San Alberto Magno (m. 1280) 66
Santa Gertrudis la Magna (m. 1302) 67
Santa Angela de Filigno (m. 1309) 69
Beato Raimundo Lulio (m. 1309) 79
San Gregorio Sinaíta (m. 1346) 83
San Gregorio de Palamas (m. 1359) 86
Beato Juan Tauler (m. 1361) 87
Santa Brígida (m. 1373) 90
Santa Catalina de Siena (m. 1380) 91
Beato Juan Ruysbroeck (m. 1381) 100
San Vicente Ferrer (m. 1419) 101
San Bernardino de Siena (m. 1444) 102
San Lorenzo Justiniano (m. 1456) 103
Santa Catalina de Bolonia (m. 1463) 110

Beato Alano de la Roche (m. 1474) 110
Beata Francisca de Ambroise (m. 1485) 112
San Nilo de Sora (m. 1508) 112
García Jiménez de Cisneros (m. 1510) 114
San Cayetano de Tiene (m. 1547) 115
Santo Tomás de Villanueva (m. 1555) 116
San Ignacio de Loyola (m. 1556) 118
San Pedro de Alcántara (m. 1562) 120
Venerable Ludovico Blosio (m. 1566) 121
San Juan de Avila (m. 1569) 127
San Francisco de Borja (m. 1572) 134
San Pío V (m. 1572) 138
Beato Nicolás Factor (m. 1578) 154
San Luis Beltrán (m. 1581) 154
Santa Teresa de Jesús (m. 1582) 155
San Carlos Borromeo (m. 1584) 171
Venerable Bartolomé de los Mártires (m. 1590) 173
Santa Catalina de Ricis (m. 1590) 174
San Luis Gonzaga (m. 1591) 175
Beato Alonso de Orozco (m. 1591) 175
San Juan de la Cruz (m. 1591) 180
San Felipe Neri (m. 1592) 183
San Pascual Bailón (m. 1592) 184
San Pedro Canisio (m. 1597) 185
Santa M.ª Magdalena de Pazi (m. 1607) 190
V. Antonio de Molina (m. 1612) 191
San Juan de la Concepción (m. 1613) 210
San Alonso Rodríguez (m. 1617) 212
San Lorenzo de Brindis (m. 1619) 223
San Juan Berchmans (m. 1621) 225
San Roberto Belarmino (m. 1621) 226
San Francisco de Sales (m. 1622) 229
San Simón de Rojas (m. 1624) 231
Venerable Luis Lallemant (m. 1635) 246
Santa Juana Francisca de Chantal (m. 1641) 248
San José de Calasanz (m. 1648) 251
Venerable Juan J. Olier (m. 1657) 253
Venerable Juan E. Nieremberg (m. 1658) 253

San Vicente de Paúl (m. 1660) 257
Santa Luisa de Marillac (m. 1660) 268
Venerable M.ª de J. de Agreda (m. 1665) 269
V. Juan Cardenal Bona (m. 1674) 271
San Juan Eudes (m. 1680) 274
Beato Claudio de la Columbiere (m. 1680) 284
Santa Margarita M.ª de Alacoque (m. 1690) 288
Beato Francisco Posadas (m. 1713) 289
San Luis Grignión de Montfort (m. 1716) 290
San Juan Bautista de la Salle (m. 1719) 292
Santa Verónica Juliani (m. 1727) 298
V. Juan P. de Causade (m. 1751) 299
San Leonardo de Portomauricio (m. 1755) 301
San Pablo de la Cruz (m. 1775) 304
San Alfonso M.ª de Ligorio (m. 1787) 305
Beato Diego José de Cádiz (m. 1801) 379
San Serafín de Sarov (m. 1833) 381
San Vicente Pallotti (m. 1850) 383
San Juan M.ª Vianey, cura de Ars (m. 1859) 386
San Gabriel de la Dolorosa (m. 1862) 406
Santa Micaela del Stmo. Sacramento (m. 1865) 407
San Pedro Julián Eymard (m. 1868) 407
San Antonio María Claret (m. 1870) 423
San Juan Bosco (m. 1888) 425
Santa Teresita del Niño Jesús (m. 1897) 427
Beato José Mayonet (m. 1901) 429
Santa Gema Galgani (m. 1903) 430
San Juan Kronstadt (m. 1908) 431
Beato Manuel Domingo y Sol (m. 1909) 432
San Pío X (m. 1914) 434
Santa Rafaela del Sagrado Corazón (m. 1925) 435
Beata Angela de la Cruz (m. 1932) 436
S.S. Pío XI (m. 1939) 437
S.S. Pío XII (m. 1958) 439
S.S. Juan XXIII (m. 1963) 469
S.S. Pablo VI (m. 1978) 471
S.S. Juan Pablo II 476
Sor Lucía de Fátima 477